

## LA ESCRITURA DE MARIO VARGAS LLOSA, HEREDERA DE LAS VANGUARDIAS

ÁNGEL DE SAN MARTÍN TUDELA  
santudela@gmail.com

Resumir la idea que se defiende en una tesis es relativamente sencillo, y más en esta en la que he trabajado tantas horas y con tantos textos, pero no me voy a extender en las dificultades que me han desolado tantas veces. Vamos a ello.

Me habían enamorado las vanguardias y sus artimañas para la consecución de la Obra de Arte, así que cuando, en la Literatura Hispanoamericana, me enfrenté a tan prestigiados autores, me propuse hacer un estudio serio y profundo de esa influencia que las vanguardias habían tenido sobre ellos: Asturias, Rulfo, Arguedas, G. Márquez, Vargas Llosa, Scorza. Por fin me decanté por este último y mi tesis *La escritura de Mario Vargas Llosa, heredera de las vanguardias* –del surrealismo–, tuvo como objetivo final dejar patente que nuestro Premio Nobel había caminado durante todo el proceso de su creación literaria, sobre el borde de un precipicio, intentando que no se viera el acatamiento a las reglas que la libertad creativa de las vanguardias le ofrecía, sino que se mantenía al margen de aquel movimiento artístico que lo impregnaba todo –tal vez para que no se le atribuyese pertenencia alguna a ese movimiento–. No lo consiguió. Toda su producción está impregnada de los elementos que habían conformado a las vanguardias y, de modo especialísimo, al surrealismo. Podemos verlo en cada una de sus historias, en las que los elementos configuradores de sus obras, de sus personajes, están salpicados de matices y tonalidades de aquel movimiento de comienzos del siglo XX.

La pieza que vertebra su producción es la pertinaz presencia de los prostíbulos: las putas –campesinas, señoras, criadas– y los maricones –de más y de menos–, que aparecen y vuelven a surgir a cada página de unas y otras novelas. Pero esto ocurre en todas ellas, en TODAS, desde el comienzo, desde *La ciudad y los perros*. Hay novelas en las que las trata con cierto remilgo, como asomando tímidamente; pero en otras, sobre todo en las últimas de su producción, ya se ha soltado el pelo y Mario Vargas Llosa corre desbocado por los campos del erotismo explícito, de la novela pornográfica, en todo momento intencionada, que estaba deseando escribir. Su novela *La casa verde* es un prostíbulo continuado. Si en *Elogio de la madrastra* ya se exploran detalles de dudoso gusto, cosa que continúa haciendo en *Los cuadernos de don Rigoberto* –novelas que quiere escribir–, cuando crea *El sueño del celta*, se explaya en la historia de un patriota que es abiertamente homosexual con regodeo en abundantes escenas explícitas; pero, cuando llega a su novela *Aventuras de la niña mala*, ya va a galope tendido y el vocabulario se le queda corto para exponer sin remilgos escenas que entran en pura pornografía, igual que había

hecho uno de sus modelos, Nicolás Edme Restif de la Bretonne, autor fetichista del siglo XVI a quien emula sin ambages, como en el libro *Le Paysan perversé, ou les Dangers de la ville*, o a Guillaume Apollinaire y su libro *Les Onze Mille Verges ou les Amours d'un hospodar*.

No es este detalle solo el determinante de su particular modo de escribir, eso sería común a muchos de los autores más libertinos. También adopta muletillas más que evidentes en lo que fue la principal pieza de construcción de los vanguardistas y, muy especialmente, de los surrealistas: la asociación libre. Con esta herramienta hace virguerías. Toma el sueño y crea pasajes en los que el sueño y los cadáveres exquisitos se entremezclan dando pie a una creación que llega a ser una novela total. Es lo que pretende: la guerra, el amor, los bajos fondos de la sociedad, el arte, el erotismo más perverso –en una historia mezcla pedofilia y lesbianismo– y todo lo hace en una ensalada no exenta de perversa y arriesgada originalidad.

La intertextualidad –a la que recurre abundantemente–, el refranero o el mito clásico griego, fundamentalmente en *Lituma en los Andes*, son otras diversas formas que, con el sueño, tiene Vargas Llosa en hacer patente su adhesión a la asociación libre.

Pero donde se recrea con mayor rigor en estos métodos vanguardistas-surrealistas es en una novela en la que pierde a veces el rumbo. Se trata de *El hablador*. Su novela más oscura, la que tardó en reeditar veintiún años y que ha sido poco comentada por los críticos, tal es su embrollo, pues la asociación libre se multiplica por doquier y es preciso leer y releer la novela para encontrar los entresijos y la ilación del argumento.

Ha sido un trabajo apasionante al que le he dedicado muchas horas y con el que he disfrutado enormemente. En efecto, después de acabarla, he tenido la satisfacción de poder demostrar que la literatura de Mario Vargas Llosa es heredera de las vanguardias.